

VIAJANDO POR LAS ESPAÑAS

No hago ningún juicio político; quiero hacer únicamente una observación personal, de carácter psicológico y cultural, producto de mis frecuentes viajes por el país.

Cuando me pongo en contacto con la gente, me encuentro tal variedad de caracteres, temperamentos y talentos que es imposible reducirlos a un denominador común. Pero, eso sí, hay algo que cada vez se manifiesta más en un país como el nuestro, donde estamos llenos de tradiciones católicas, positivas y negativas. Es el desánimo, el apartamiento, el declive religioso, al menos tal como se ha entendido la palabra «religioso» hasta ahora.

El Arzobispo de Oviedo lo comentaba conmigo hace pocas semanas: la gente se aparta de la Iglesia cansada, aburrida, sin crisis visibles, por simple cansancio. Y el elemento eclesiástico no sabe qué hacer ante este problema: se encuentra inerte ante él. Porque —como he repetido aquí varias veces— los métodos exteriores de pastoral —por muy modernos que sean— ya no sirven para atraer a estos hombres y mujeres que ayer eran una esperanza de renovación o un factor de vitalidad, y que hoy han desaparecido difuminados tras el engañoso brotar triunfalista del posconcilio.

Algunos clérigos —Obispos o sacerdotes— que son conscientes de ello, empiezan a pensar que las «ovejas negras» de la Iglesia como yo son los únicos que podemos dar algún interés a estos desanimados. Pero mucho me temo que sea tarde, tanto para ellos como para nosotros.

Porque no estamos dispuestos a ser utilizados una vez más, para que continúe una estructura religiosa desfasada —envuelta ahora en sedas—, y que unos y otros rechazamos.

Y por eso pasa, en estos medios, lo que me acaba de ocurrir en tres lugares donde últimamente he tenido experiencias de este tipo. En Zaragoza —mi tierra natal— resulté demasiado independiente para algún catedrático tradicional que asistía a mi conferencia, y que se apasionó vehementemente contra mis posturas. Y resulté también incómodo para los que pretendían sólo una renovación a medias. Pero la gente joven, de edad o de espíritu, estuvo de acuerdo conmigo.

En Madrid he ensayado, con un grupo de 30 chicas estudiantes, una réplica a los antiguos ejercicios espirituales exponiendo mis puntos de vista sobre Dios, la fe y la Iglesia del futuro. Si las religiosas que dirigen la congregación religiosa que mantiene esta Escuela Superior Femenina escuchan mis intervenciones es posible que reciban un fuerte impacto al no encontrar los términos medios que ellas esperaban. Pero las chicas sí encontraron lo que buscaban.

Ahora, en Bilbao, acabo de dar tres conferencias que tratan de la religión como experiencia y vida, de los dogmas del porvenir y del cristianismo como acicate para la transformación del mundo. ¿Cómo las tomarán algunos eclesiásticos y seglares bilbaínos de corte integrista? Porque, a juzgar por lo que me han dicho los organizadores que dirigen el «Instituto de Pensamiento Cristiano y Diálogo» —recién aprobado por Monseñor Cirarda—, dos periódicos locales rehusaron publicar el anuncio de mis conferencias.

Lo que sí es cierto es que, en unos y otros sitios, esos desanimados, esos descontentos, acuden —junto con otros que son decididos creyentes— a estos actos en número siempre creciente. Y lo que les digo —que es mi más íntima convicción— consueña con sus más profundos anhelos e inquietudes, situadas muchas veces al margen de lo eclesiástico y hasta de lo eclesial, y esto a pesar de estar yo dentro del catolicismo.

El público que escuchó en Bilbao estos temas religiosos era muy variado, y eso fue para mí lo más interesante. Había jóvenes de uno y otro sexo, había gente madura; los había con posturas de centro y los había con postura de izquierda. Y también un fuerte núcleo de gente moderna que cada vez aceptan mejor estos puntos de vista.

El denominador común en todos resultó lo que decía el teólogo Möhler en el pasado siglo: «El cristianismo no consiste en expresiones, fórmulas y giros: es una vida interior, una fuerza santa, y todos los conceptos doctrinales y dogmas sólo tienen valor en

cuanto expresan lo interior que se presupone existente». Cada vez el aparato ideológico en torno al cristianismo se hace más inservible, y muchos se han alejado del catolicismo porque éste ha perdido en buena medida la sencillez del mensaje cristiano, que se resume en estas palabras: «Amaos los unos a los otros».

Ahondando más en este cristianismo-vida son ya muchos los que —tras el enmarañado bosque de fórmulas, normas y ritos— descubren un valor fundamental, como lo descubrió el ateo Albert Camus poco antes de morir: «Tengo conciencia de lo sagrado —decía—, del misterio que hay en el hombre, y no sé por qué no he de confesar la emoción que experimento ante Cristo y su enseñanza. No tengo sino respeto y admiración ante la persona de Cristo y ante su historia» (declaraciones al periódico *Dagens Nyheter*, diciembre 1957).

Es lo mismo que expresa un creyente como el teólogo K. Rahner, S. J.: «El hombre, ya lo afirme expresamente o no lo afirme, ya reprima esta verdad o la deje aflorar a la superficie, se halla siempre abocado, en su existencia espiritual, a un misterio sagrado que constituye el fundamento de su existencia. Este misterio es lo más primordial, lo más evidente; pero, por ello mismo, también lo más oculto e ignorado; un misterio que habla mientras guardo silencio, que está ahí, y que si se ausenta nos reduce a nuestros propios límites».

A esta experiencia los cristianos la llamamos Dios; aunque esta palabra esté unida a las pesadas escorias que los creyentes le han ido adhiriendo siglo tras siglo, falseándola y convirtiéndola en un ídolo avasallador y alienante. En cambio, el que no cree se abstiene de llamarle Dios —por el recuerdo de tanta cosa negativa que arrastra este término—, y prefiere llamarle ideal de justicia, de solidaridad, de belleza o de amor. «Cuando el hombre tiende hacia algo que le sobrepasa, cuando un ideal se le impone, cuando tiende a un absoluto al que acepta subordinarse y sacrificarse, ¿no es esta una manera de homenajear al Dios desconocido? Este hombre sigue la inclinación de su ser y obra por el bien absoluto que es precisamente Dios, pero del cual ignora su verdadero nombre» (Monseñor Glorieux, *Introduction à l'étude du dogme*).

Unos y otros debíamos, sin embargo, recordar que, tras las palabras que separan, nos une algo más profundo y más verdadero: esa experiencia positiva de fondo, la llamemos como la llamemos.

Y ante una experiencia como esa, me decía en esos días bilbaínos, con gran profundidad y acierto, un amigo y compañero alejado de la religión, que no cabe sino la actitud de *perplejidad*, que en el fondo es aceptación respetuosa de esa experiencia que muchos se niegan a llamar Dios.

Esta es la nueva actitud religiosa modesta, íntima, sencilla y sin orgullo de los hombres y mujeres conscientes del futuro, que rechazan la profusión triunfalista de la religión que les enseñaron, sigan yendo o no a Misa. Es la religión de Goethe, hoy reivindicada por el profesor de matemáticas Lombardo Radice, el marxista del diálogo con los creyentes, religión que se hace presente en la «plenitud de la personalidad», y en «sentir en sí la totalidad» (*El riesgo de la experiencia religiosa*, Editorial Morova, Madrid, 1968).

Es la actitud de muchos que son menos externamente religiosos, precisamente por respeto a una religión más profunda y vital, más trascendente, como auguró el teólogo católico Karl Rahner, S. J., para el porvenir.

Y a esta experiencia corresponderá una nueva piedad con el mundo y sus hombres; que no se centrará en un Dios justiciero que hace acepción de personas, como el de muchos creyentes. Será tener el alma abierta, y «tener el alma abierta no es contentarse con una vaga aspiración o cultivar sólo deseos sin eficacia: es instituir una experiencia vivida, una experiencia de superación y de amor. Tener un alma abierta es percibir, más allá de nuestros deseos de gozo, poder, alabanza y amor, una exigencia de creación incesante, un movimiento inspirador que nos pide querer siempre más allá» (Padre E. Joly, *¿Qué es creer?*; Editorial Casal i Vall, Andorra).

MIRET MAGDALENA